

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 3.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Internacionalismo

La guerra distanció a los pueblos, aun a los que permanecieron al margen de la lucha fratricida por la neutralidad de sus respectivos gobiernos, y aisló al movimiento obrero internacional. Pero, ¿es que en realidad existían, al producirse la conflagración del 14, verdaderos vínculos de unión espiritual, no ya entre todos los trabajadores organizados para la lucha de clases, sino simplemente entre los núcleos de afinidad ideológica? El socialismo, el sindicalismo y el anarquismo, colocados en una posición de divergencias doctrinarias, distanciados en los métodos de lucha y en la concepción revolucionaria, ¿habían llegado a una relación internacional con sus respectivos movimientos y encontraron, fuera de las fronteras, la correspondencia de opiniones y actividades que hiciera posible el tan pregonado internacionalismo?

Se puede asegurar que las relaciones internacionales del movimiento obrero se circunscribían, antes de la gran guerra, al canje de periódicos y a muy pocas correspondencias cambiadas entre las organizaciones más próximas y afines. Y, por una inexplicable apatía, los núcleos anarquistas apenas si tenían conocimiento de su mutua existencia y se ignoraban por completo en lo referente a sus actividades específicas, a su posición en las organizaciones proletarias y a los problemas internos que agitaban sus filas.

El internacionalismo se explicaba con la mención de dos órganos directivos que en realidad vivían completamente desconocidos por la mayoría de los trabajadores nominalmente representados. Las internacionales europeas — transformadas en instrumentos del capitalismo franco-inglés durante la guerra — pretendían asumir la representación política y gremial del proletariado. Pero tanto la Sindical de Amsterdam como la Internacional Socialista, carecían de influencia en el movimiento obrero de Europa y América y estaban reducidas a representar el papel de órganos ejecutivos y directivos que dirigían y ejecutaban todo lo contrario de lo que realizaban los diversos grupos regionales nominalmente adheridos.

La guerra, con su odio y con sus brutalidades, destruyó la ilusión de aquel internacionalismo. Los pueblos no se conocían ni se entendían. Un abismo infranqueable separaba a los más próximos, y por lo mismo más propensos a la querrela y a la lucha odiosa, mientras los más alejados por la inmensidad de los océanos se miraban con desdén y se amenazaban con los puños. En esas condicio-

nes, espirituales, en la absoluta ignorancia de las más ínfimas particularidades que distinguen a cada pueblo, ¿podía ser posible la reconstrucción de las Internacionales obreras sobre nuevas bases éticas y nuevos principios ideológicos? No lo creemos.

De ahí la explicación del internacionalismo obrero — socialista, sindicalista o anarquista — de la post guerra. Se repite la misma ficción

mismos dirigentes una noción aproximada de los movimientos que convergen al núcleo central que representa a diversos países y pretende sintetizar el conjunto de las aspiraciones que supone afines y concordes con un propósito único.

Se da con frecuencia el caso de que los componentes del "Bureau" de una Internacional se encuentren frente al dilema de optar por una de las dos o más fracciones en que

sin reparo y sin segundas intenciones.

Debemos ser francos con nosotros mismos y combatir los errores de nuestro movimiento, ya que en ello va el futuro de la propaganda anarquista. Ocupa el movimiento obrero revolucionario una posición clara en las relaciones internacionales. Para nosotros el campo de acción está definido, en este país. Una línea divisoria difícil de borrar separa el campo obrero en dos sectores; de un lado, la U. S. A., con sus satélites políticos — el Partido Comunista y la A. L. A. —; de otro, la F. O. R. A. y el movimiento anarquista que le da vida espiritual y la sostiene en su irreductible intransigencia ideológica. Pero, en Europa, y aún en los países latinos más próximos espiritualmente a nosotros, ¿se tiene siquiera una noción aproximada de lo que valen y representan estos dos movimientos divergentes de nuestro proletariado? No. Allí se ignora todo lo que a América se refiere. Pero se generaliza cuando la influencia de un sector predomina en el ánimo de un compañero influyente en las organizaciones obreras y en la propaganda anarquista, llegando en algunos casos a tomarse la defensa de cosas, hechos y hombres que se desconocen en absoluto.

Esos casos de incompreensión suceden a menudo. Pestaña nos ofreció recientemente un curioso ejemplo de ignorancia supina respecto al movimiento obrero y anarquista de la Argentina. Porque en inspirándose en cartas e informes particulares, asumió la defensa de la U. S. A. y de la A. L. A., a quienes les atribuye la representación de los trabajadores y de los anarquistas de este país. Si Angel Pestaña, líder sindicalista acostumbrado a las discusiones internacionales, ignora lo que pasa en este país, si no lee nuestra prensa ni se entera de las luchas internas del anarquismo, pero emite opiniones que están muy lejos de ajustarse a la realidad; si ese hombre de actuación y de prestigio casi universales, se queda con la U. S. A. y con la A. L. A. como expresiones de lo mejor de nuestro movimiento, ¿qué podemos esperar de la generalidad de los anarquistas y sindicalistas de Europa, cuyas nociones respecto del movimiento revolucionario de América son nulas y casi siempre erróneas?

Si existe una ignorancia tan absoluta respecto a las características del movimiento obrero y anarquista de este país, no nos extraña que en la A. I. T. sea la F. O. R. A. una especie de encaje del sindicalismo europeo. Y no nos admira tampoco que, perdiendo en una disputa que no conoce, alguien ponga en juego su influencia ante el "bureau" de Berlín para torcer el criterio de los compañeros y abrir en la Internac-

EL BRUTO DE SIEMPRE



Obrero: ese es tu enemigo; ni le hables, ni le mires. Desprecialo, que ese es el monstruo de esta Sociedad burguesa.

se divide el movimiento político, ideológico o gremial de un país, sin saber a ciencia cierta qué partido tomar. Y deben entrar en juego para definir esa situación vidriosa, varias influencias, opiniones, individuales y ejemplos que convengan a los dirigentes de la necesidad de apoyar esta o aquella fracción, como más concorde con el pensamiento y las actividades del núcleo central. Y el internacionalismo se hace así, de arriba-abajo, no por la lógica comprensión del movimiento de cada país, sino por la fuerza de circunstancias que determinan embarramientos que no siempre se aceptan

se divide el movimiento político, ideológico o gremial de un país, sin saber a ciencia cierta qué partido tomar. Y deben entrar en juego para definir esa situación vidriosa, varias influencias, opiniones, individuales y ejemplos que convengan a los dirigentes de la necesidad de apoyar esta o aquella fracción, como más concorde con el pensamiento y las actividades del núcleo central. Y el internacionalismo se hace así, de arriba-abajo, no por la lógica comprensión del movimiento de cada país, sino por la fuerza de circunstancias que determinan embarramientos que no siempre se aceptan

nal una brecha que permita el paso a la U. S. A. y a la A. L. A. Los elementos policiales que se refugian en la A. L. A. son duchos en diplomacia sindical. Su periódico, que nadie lee en la Argentina, desconocido para la mayoría de los anarquistas de este país, llega a los pueblos más insignificantes de Europa. Y las cartas particulares, adúlteras y calumniosas, completan la obra de ese anarquismo de "camouflage", incomprendido por el desorbitado Pestaña y otros sindicalistas de la misma talla intelectual y moral.

¿No es absurdo que una fracción anarco-bolchevique, desvinculada de nuestro movimiento y ajena por completo a las luchas del proletariado, merezca fuera de este país el apoyo que aquí no encuentra? La A. L. A. es un partido en formación, el posible sustituto del derrumbado partido bolchevique; su ideología es marxista y su programa un calco del primitivo programa maximalista. Y sólo los ciegos de entendimiento pueden confundir la dictadura y la disciplina de ese grupo minúsculo con las verdaderas orientaciones del anarquismo.

En las encrucijadas del internacionalismo operan nuestros desacreditados anarco-bolcheviques. Y hay quienes llevan su causa, en apelación, al "bureau" de la A. I. T., pretendiendo reivindicar a los espías, polizontes y calumniadores del "alismo", y hasta poner a la U. S. A. — traidora en todas las luchas sostenidas por el proletariado de la Argentina en los dos últimos años — en el lugar que ocupa la F. O. R. A.

Si el "bureau" de la Internacional de Berlín se detiene a considerar ese pedido de revisión en una causa fallada, si presta oídos a los interesados en reivindicar a los traidores de nuestras ideas y de nuestro movimiento, sólo pondrá de manifiesto su ignorancia de las cosas de América. Y perderá con ello su verdadera posición internacional, ya que comenzaría por desconocer los móviles espirituales que dan vida al internacionalismo.

No somos nosotros los más indicados para hacer la defensa de la F. O. R. A. en el "bureau" de la A. I. T. Pero los hechos hablan por sí solos el lenguaje convincente que no pueden tergiversar los interesados defensores de la U. S. A. y de la A. L. A. ¿En qué forma se manifiestan las actividades del "usismo" y del "alismo"? En las cartas mentirosas, insidiosas y calumniosas que dirigen los mentores del reformismo sindical y del anarco-bolcheviquismo a ciertos líderes desorbitados y fáciles a la sugestión de la industria adúltera. Fuera de esa habilidad para tejer embustes internacionales... los elementos que merecedores del apoyo de los compañeros de Europa.

La confusión, como ya hemos dicho, parte de la falta de conocimiento de nuestras cosas. En Europa se nos ignora casi en absoluto y se nos comprende a medias cuando, en una reunión internacional, recurrimos al lenguaje genérico para explicar nuestras actividades en el movimiento obrero y en la propaganda ideológica. He ahí, pues, por qué lo que no existe para los anarquistas de la

Las armas de la guerra

RODOLF ROCKER

Nuestro compañero Rudolf Rocker ha pronunciado el discurso que vertimos hoy al español en una conferencia de los obreros de la industria de los armamentos de Alemania, celebrada en Erfurt del 18 al 22 de marzo de 1919. Fue la primera vez que la voz de los anarquistas sonó vigorosamente en un congreso obrero alemán. La impresión del discurso de Rocker fué grandiosa, pero no obstante habiéndose adoptado en dicha conferencia la resolución sobre la responsabilidad de los productores, es poco tradicional de la educación social-demócrata, por una parte, y por otra el espíritu bismarkiano tradicional neutralizaron sus efectos ulteriores. Se produjeron movimientos aislados en el sentido expuesto por Rocker en este discurso, pero la gran masa del proletariado alemán sigue siendo tan irresponsable como siempre en su labor productiva. Creemos que las ideas expresadas aquí por Rocker — y que Nettlau ha esbozado ya en 1900 en su trabajo sobre la responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera —, serán mejor comprendidas en nuestros países, y esperamos que los camaradas de América sabrán propagarlas sin cesar y realizarlas en la medida de lo posible. Este será un gran paso para calmar la fiebre armamentista del A. G. americano y para la realización de la sociedad de productores libres.

N. de la R.

[Compañeros!

El problema que nos ocupa hoy como primer punto de la orden del día, puede ser dividido en dos partes.

Primera: ¿Tiene ya hoy el proletariado, dentro del orden social existente, un interés en actuar resolutivamente en el carácter y en las formas de la producción?

Segunda: ¿En qué medida están interesados los obreros de la industria del armamento en especial en este asunto?

El movimiento obrero de los últimos 40 años, principalmente en Alemania y en los demás países germánicos, no se ha planteado nunca este problema. Se ha contentado con ver en el trabajador una máquina viviente, un esclavo del salario obligado por el poder incontestable de las condiciones económicas a vender la fuerza de sus músculos y de sus nervios. Y se consideraba natural que mientras la sociedad actual existía, el capitalista pudiese determinar ilimitadamente sobre el modo y la especie de la producción. No se podía imaginar otra posibilidad cualquiera. Las luchas económicas fue, on dirigidas exclusivamente para obtener salarios más altos, jornadas de trabajo más cortas y en general mejoramientos de las condiciones del trabajo. En problemas más elevados no se pensó apenas.

Esto no fué siempre así, compañeros. Hubo una época en que los trabajadores socialistas conocieron problemas más profundos y aspiraron a otra forma de ocupación. Pero nos hemos acostumbrado a mirar despectivamente aquel período con incomprendible espíritu de superioridad y a vanagloriarnos de nuestra evolución; pero pienso que los espantosos acontecimientos de los últimos cinco años constituyen un motivo suficiente para someter nuestro juicio a una rectificación fundamental.

Las organizaciones obreras francesas de 1840-50, una de las fases más interesantes de la historia del movimiento obrero europeo, no se contentaban con las simples luchas del salario y de la propaganda política electoral. Esas organizaciones, que se desarrollaron por centenares en la mayoría de las ciudades francesas y principalmente en París, sólo tenían como fin concentrar más y más la producción entera en manos de la clase obrera por la fundación de cooperativas socialistas de producción; propagaban también al mismo tiempo un derecho de codeterminación, de los trabaja-

Argentina tiene "existencia" en algunos círculos de opinión que quieren marcar rutas al internacionalismo...

dores en los establecimientos capitalistas, sobre el carácter de la producción. Esta tendencia se reveló claramente en especial en la última fase de evolución de las asociaciones. Se había llegado a la convicción de que los obreros producían una cantidad de cosas directamente nocivas para la gran masa de los consumidores. El sentimiento moral de la responsabilidad del obrero socialista se sublevó ante el hecho de estar él mismo forzado a figurar también como engañador de sus compañeros de clase a causa de la naturaleza y el modo de su actividad productiva. Por esa razón se exigía una especie de derecho de veto de los obreros en las fábricas para co-determinar sobre la utilidad o la nocividad de las distintas ramas de la producción.

Fernando Garrido, uno de los iniciadores del socialismo en España, expresó estos pensamientos claramente en su obra sobre las "asociaciones obreras en Europa" que tuvo una gran influencia en las primeras organizaciones obreras socialistas y sindicales de su país. Garrido defendía el punto de vista de que el socialismo no era propiamente más que la responsabilidad individual de cada individuo en el bienestar social de la totalidad. Por este motivo es deber de los obreros socialistas expresar dentro mismo de la sociedad capitalista ese sentimiento de responsabilidad para desarrollarlo y cultivarlo como la más preciosa garantía de la realización futura del ideal socialista. Vió en el derecho de codeterminación de los trabajadores sobre el carácter de la producción, no sólo una demanda socialista práctica de honda significación teórica, sino también un medio para fortalecer el espíritu de la verdadera solidaridad y el sentimiento moral de la responsabilidad de los trabajadores. Las organizaciones económicas de lucha del proletariado catalán, que contaban entonces más de 50.000 miembros, se ocuparon vivamente de este problema. Hasta se llegó a luchas ocasionales entre el capital y el trabajo en esa contienda por la "conquista del taller y de la fábrica".

También en las filas de los obreros ingleses germinó este pensamiento en la época en que Robert Owen fundó su Great National Trade Union, que desgraciadamente debió sucumbir prematuramente ante las crueles persecuciones del gobierno inglés.

Españoles de la derrota sangrienta de los combatientes parisienses de junio, en 1848, y de la reacción general consiguiente, desapareció por muchos años ese movimiento lleno de esperanzas, pero las ideas continuaron germinando escondidamente y resurgieron vigorosamente después, al fundarse la Asociación Internacional de los Trabajadores. La Internacional fué el primer gran ensayo de unir a la clase obrera de todos los países en una sola federación poderosa para romper el yugo de la esclavitud del salario y abrir el camino al desenvolvimiento de una cultura social superior sobre la base de la igualdad económica y de la libertad política. Su lema: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", fué la solución del proletariado internacional. La Internacional declaró que la emancipación económica de la clase obrera era el gran fin a que debía subordinarse toda acción política como medio y con eso escribió en su bandera la acción directa del proletariado contra la sociedad capitalista y sus sostenedores. Desgraciadamente la rica evolución de las ideas en las filas de la Internacional, su esclarecimiento interno y finalmente las grandes discusiones teóricas entre los adeptos de la actividad parlamentaria y los representantes de la acción económica directa, se desarrollaron casi exclusivamente en los países latinos. Los demás países, y en especial Alemania, quedaron casi extraños a ese proceso, y aun hoy mismo la rica literatura de aquel período, en la que fueron expresadas esas ideas, es un capítulo desconocido para el proletariado alemán.

En el congreso de Bruselas de 1868, se ocupó la Internacional del problema de la guerra, que justamente entonces tenía

una aguda significación por la tirantez entre Francia y Prusia. El congreso declaró que la huelga general era el arma más eficaz para impedir la matanza de los pueblos y adoptó una resolución en ese sentido. Por primera vez en la historia se proclamó aquí claramente que el proletariado internacional tiene sus intereses especiales como clase en contradicción notoria con los llamados intereses nacionales de la burguesía.

En el congreso de Basilea de 1869, que representa el punto culminante de la madurez de la Internacional, fué tratado el problema de la significación de las organizaciones económicas de lucha, fundamental y decisivamente. El congreso llegó a la resolución de que las organizaciones sindicales no eran de ningún modo cuadros que sólo tenían su derecho a la existencia dentro de la sociedad capitalista, sino que esas corporaciones debían ser consideradas, por decirlo así, como las células de la futura sociedad socialista, cuya misión histórica consistía en emprender el día de la revolución la socialización de la producción de abajo arriba por la acción directa de los trabajadores mismos. En este sentido se desarrollaron las organizaciones económicas de lucha del proletariado en los países latinos. Los sindicatos no fueron concebidos como organizaciones gremiales ordinarias, sino como corporaciones social-revolucionarias cuya misión era dar a las contiendas económicas un carácter social y agrupar en sus filas al proletariado como clase. La conquista de la fábrica y del taller fué nuevamente la solución de la época. Como interpretaban la cosa los trabajadores nos lo dicen eloquentemente las huelgas de albañiles de Barcelona y de los molineros de Alcoy en 1871 — para no citar más que dos ejemplos entre otros muchos. Los albañiles, que estaban forzados a emplear material viejo y malo en la construcción de habitaciones para los obreros, se dirigieron en un manifiesto a la clase obrera de su ciudad exigiendo auxilio, pues estaban decididos a emprender una lucha en interés de la comunidad. Decidieron desde entonces trabajar sólo con material nuevo y utilizable, y además todos los planos para la construcción de viviendas obreras debían ser presentados primeramente al sindicato para su examinación a fin de tener en cuenta el sentimiento de responsabilidad moral de los trabajadores.

Los molineros de Alcoy se negaron a moler espato en la harina, pues no pudieron armonizar más con su conciencia un acto semejante contra los intereses de sus compañeros de clase consumidores. En ambos casos los obreros no presentaron demanda alguna para mejorar su situación propia, sino que lucharon sencillamente por los intereses de la comunidad. El fundamento justo y social de sus demandas era bastante fuerte para romper la resistencia de los capitalistas. Tales ejemplos se podrían citar en cantidad. Fueron ensayos de los obreros para actuar en el sentido socialista revolucionario, mediante la acción directa, en el carácter de la producción.

Peró una nueva reacción, que se extendió más y más por todos los países latinos, puso también un fin a este movimiento y lo llevó de la arena de la franca lucha social al estrecho círculo de las organizaciones conspirativas. En Francia, el proletariado sufrió una derrota decisiva en la represión sangrienta de la Comuna de París, en mayo de 1871. Unos 35.000 hombres, mujeres y niños fueron asesinados por los siervos dorados de la tercera república; entre los caídos estaban muchos de los más nobles y de los mejores, como por ejemplo el encuadernador Varlin; el alma de la Internacional en Francia. Millares fueron enviados después a las colonias penales de Nueva Caledonia, el derecho de coalición fué suprimido, la prensa socialista prohibida, la palabra libre amordazada.

En España se produjo la catástrofe en 1873, después del sometimiento de la revolución cantonalista y de la represión de la comuna revolucionaria de Cartagena con ayuda de los barcos de guerra ingleses y prusianos. Después vinieron las leyes de excepción y las terribles persecuciones de los anarquistas y los internacionalistas españoles, que hicieron imposible toda actividad pública del proletariado español durante nueve años, comparados con los cuales deben palidecer los peores días de la ley contra los socialistas en Alemania.

En Italia, después de la sublevación de Benevento en 1877, la Internacional fué proclamada una sociedad de malhechores, sus miembros arrojados a las prisiones y sus organizaciones disueltas. Durante este período espantoso de la reacción, se desarrolló más y más una nueva fase del movimiento socialista de Europa, que tuvo su origen en Alemania — la fase de los partidos obreros socialistas y de la actividad parlamentaria del proletariado. La acción directa "para la conquista de la fábrica y del taller", debió ceder a la acción parlamentaria para la "conquista del poder político". En lugar del socialismo revolucionario apareció un eclecticismo político que se perdió cada vez más en el pantano del parlamentarismo burgués. La evolución viviente de las ideas en la época de la Internacional fué substituída por un fatalismo dogmático que castró toda iniciativa creadora y toda energía revolucionaria. Los sindicatos fueron considerados como escuelas previas para las sociedades electorales y se transformaron más y más en sociedades ordinarias de socorros que obstaculizaron sistemáticamente toda lucha económica seria para entregar por fin a los capitalistas, mediante los pactos de las tarifas, atada de pies y manos, la clase obrera alemana.

El Estado militar pruso-germánico se desenvolvió con siniestra fuerza y se convirtió en un peligro para toda Europa, en una maldición para el pueblo alemán. Sin embargo, la social-democracia alemana no contentó toda forma de una propaganda realmente antimilitarista, todo intento revolucionario de levantarse contra el Estado de los Junkers y de los grandes industriales. Se habló de actividad constructiva práctica, pero fueron miserables toperas las que se construyeron a costa de los principios socialistas. Toda oposición contra una táctica tan vergonzosa fué ahogada en germen con brutal impiedad, todo sentimiento democrático fué sacrificado a una burocracia sindical y partidista nueva y exuberante. Se era iniciado a conquistar el poder político, pero en ese ensayo el socialismo fué miserablemente crucificado.

Las consecuencias son conocidas, compañeros. El 1 de agosto de 1914 fué el Jena de la social-democracia alemana, el Jena del socialismo parlamentario. Llegó el tiempo del examen, pero no pudo resistir la prueba. Según mi opinión no es justo hablar aquí de una traición de tal o cual jefe. El solo hecho de que la poderosa social-democracia alemana, con sus millones de adeptos, pudiese ser llevada en unos días a oficiar de pregoneira del imperialismo prusiano, había por sí mismo. Scheidemann, Ebert, David y compañía son sólo los testamentarios de una táctica corrompida, los testamentarios de un pseudo socialismo que hizo largo tiempo de maestro del proletariado internacional.

Se cree poder rendir cuentas de la terrible catástrofe que hemos experimentado al declarar simplemente que la guerra fué la consecuencia inevitable del imperialismo capitalista. Pero esto sólo es cierto en una cierta medida. Mientras existía el sistema capitalista, debieron y detemos contar constantemente con el peligro de una guerra. Esto, sin embargo, no cambia el hecho indiscutible de que el gobierno alemán ha provocado esa terrible catástrofe de una manera criminal, que la ha preparado desde largo tiempo y que los locos armamentos inintermitidos del militarismo alemán han forzado realmente a Europa a convertirse más y más en un cuartel. Los documentos que ha publicado el gobierno republicano de Baviera no dejan aparecer sobre eso la menor duda. Y que el espíritu del asesinato no ha muerto todavía en Alemania, nos lo prueba el fin trágico de Kurt Eisner, que cayó víctima de su amor a la verdad.

Precisamente por esta razón la clase obrera alemana tiene mayores compromisos morales que la de otra nación cualquiera. No sólo ha apoyado en su inmensa mayoría el crimen monstruoso de su gobierno y lanzado el fuego de la guerra a Bélgica y a Francia, ni siquiera recordó su deber cuando el militarismo alemán oprimía la revolución rusa y la obligaba a la vergonzosa paz de Brest-Litovsk. No puede sostener de sí misma siquiera que ha explado su injusticia por el 9 de noviembre de 1918, pues la revolución alemana no fué el resultado de la acción decidida de nuestro proletariado. Se produjo porque el viejo sistema esta-

ba interiormente tan corrompido y sócavado que debió derrumbarse. Nos cayó, por decirlo así, en el seno, de tal modo que la mayoría de nosotros no sabe todavía hoy qué hacer. Por eso tenemos dobles deberes, deberes decuplicados.

Interiormente tan corrompido y sócavado que debió derrumbarse. Nos cayó, por decirlo así, en el seno, de tal modo que la mayoría de nosotros no sabe todavía hoy qué hacer. Por eso tenemos dobles deberes, deberes decuplicados.

La integración de la Internacional

La defensa de las características del movimiento obrero en la Argentina no puede ser interpretada como un deseo de particularismo y de aislamiento; es todo lo contrario, es la base más sólida para la integración de la gran familia revolucionaria internacional. Cuando se formó la A. I. T., existía en la Argentina ya, debida en gran parte a la propaganda de LA PROTESTA, una noción de los valores del propio movimiento y de la necesidad de conservarlos por responder a la tradición y a las condiciones sociales y económicas del país. Al entrar el proletariado de la Argentina en la Internacional — la única Internacional que puede entrar en el radio de la consideración de los anti-autoritarios —, no lo hacía sobre la base de la despersonalización, es decir, sin una clara conciencia de sí y del alcance de los compromisos que contraía. Esa actitud reflexiva nos hizo concebir grandes esperanzas; por fin se realizaba el sueño de tantos años, la existencia de una asociación internacional de todos los anti-autoritarios. Desde que la F. O. R. A. existe, no dejó pasar un congreso sin mencionar la necesidad de la reconstitución de la Internacional; se sentía esa necesidad de la fraternización con el resto de los trabajadores del mundo. Llegó diciembre de 1922 y la Internacional fué reconstituida y se proclamó continuadora de la primera gloriosa Internacional, pero continuadora consistente, o sea, sin defectos y sus ilusiones. No obstante las objeciones de la Argentina a la declaración de principios, se veía claramente que en la nueva Internacional se había cerrado las puertas a las fuerzas autoritarias. Esto debió llenar de júbilo a todos los combatientes de la revolución social.

Después de la guerra sobre todo, se anhelaba estrechar la mano hermana de los trabajadores de todos los países, afines en ideas y aspiraciones. Para ello y para coordinar posibles acciones comunes y estrechar los vínculos de la solidaridad proletaria surgió la A. I. T. En muy poco tiempo se declararon por la nueva Internacional los revolucionarios de doce países; pero el radio de su simpatía no quedó en el círculo del proletariado formalmente adherido; se extendió por el mundo entero, por oriente y occidente; en la misma Rusia, si la dictadura del proletariado lo permitiera, contra la Internacional anti-autoritaria con fuerzas poderosas. Y en la misma proporción que se ha cerrado el camino a los moscovitas en China, en Japón, en la India, se abrió para la A. I. T. en esos países. En casi toda América — exceptuando los I. W. W. que quieren ser la única Internacional —, donde el proletariado ha despertado a la conciencia de sus derechos y de sus deberes, no existe otra Internacional que la A. I. T.

Desgraciadamente las adhesiones, por lo general, han sido hasta ahora puramente platónicas. La primera Internacional ha sido más bien latina que germánica; cuando se habla de la vieja Asociación de los Trabajadores se piensa en España, en Italia, en la Suiza latina; no sólo los bakuninistas en el congreso de Saint Imier, sino Marx mismo presentó en la conferencia de Londres de 1871 una moción de reconocimiento de la Federación española por la regularidad de sus relaciones ejemplares con la Internacional. En conocimiento del papel desempeñado por el proletariado latino en la Asociación Internacional de los Trabajadores, esperábamos que esa tradición no sería interrumpida en la nueva Internacional; existía en nosotros un cierto preconceito de la incapacidad de los países germánicos frente a los latinos en la organización revolucionaria. Bastaron muy pocos años para que nos convenciéramos de lo contrario; la misma proposición de Marx en Londres y de los bakuninistas en Saint

Imier en honor de la Federación española, la podríamos presentar hoy en honor de las organizaciones germánicas — de Suecia, de Alemania, de Holanda. No se trata ya de presentar al proletariado adherido a la A. I. T. el ejemplo de España o de la América española, sino el de los alemanes, los suecos, los holandeses... Y he aquí cómo nos explicamos esto: Rocker tiene una gran influencia en el movimiento libertario de los países hasta aquí dominados por la ideología marxista; la luz espiritual del proletariado revolucionario germánico está en Rocker, como estaba en Bakunin hace cincuenta años para los países latinos. Ahora bien, Rocker recogió la herencia de la primera Internacional; hay muy pocos que conozcan tan bien como él las luchas seculares de los trabajadores españoles. Todo ese pasado glorioso que nosotros queremos olvidar es resucitado en los países germánicos por Rocker, y no es ya extraño que el papel de España en la vieja Internacional sea hoy ejercido por los que se inspiran en el espíritu que entonces inspiraba a España, a Italia, a Suiza.

El proletariado germánico tiene fe en la organización. En la época de la vieja Internacional existía esa misma fe en los pueblos latinos; y esa fe habría que hacerla resucitar; donde existen masas dispuestas a luchar por la realización de una idea, la organización surge espontáneamente. Lo que nosotros combatimos es el fetiché de la organización por la organización, sin objeto alguno fuera del objeto de mantener secretarías rentadas. Nosotros queremos la reunión de todas las fuerzas afines que tienden hacia un mismo fin; eso es lo que hicieron nuestros antepasados, eso es lo que hacen hoy los países germánicos, cuyo proletariado no sólo organizado hasta aquí para mantener parásitos y funcionarios sindicales; es decir, ha sido organizado, no para luchar por una idea, sino para retenerlo y cerrarlo ante toda lucha de ideas.

En fin, es doloroso constatar en la A. I. T. dos clases de organizaciones adheridas: unas activas y otras pasivas, platónicas. Y es más doloroso aun constatar que las organizaciones pasivas de la A. I. T. son las de los países latinos — de Europa y de América. Nosotros hemos creído que las organizaciones obreras del mundo entero podrían tener un gran estímulo en las de países tan combativos como los latinos. Hasta ahora hemos sido decepcionados. En unas partes a causa de la reacción y en otras a causa de la pobreza; lo cierto es que casi toda la América española y los países meridionales de Europa pertenecen a la A. I. T. de un modo equivalente a la no-adhesión. Y claro está, la A. I. T. no puede basarse en las mentiras tan habituales a la I. S. Roja; la A. I. T. no quiere aparentar fuerzas que no tiene y llega el momento, en ocasión de su segundo congreso en Amsterdam, el 20 de septiembre del año corriente, en que planteará la cuestión de la adhesión real, no puramente platónica. Los que están con la A. I. T. deben estar en cuerpo y alma; deben cumplir con sus compromisos, pues toda organi-



...Si el señor perro no pudiese comerlo todo...

zación implica co... omis s, y éstos no fueron rechazados más por los revolucionarios — si exceptuamos a los superhombres del individualismo. Hemos repetido que queremos más la calidad que la cantidad; la A. I. T. se guía por ese principio y quiere saber quiénes pertenecen a ella efectivamente. La A. I. T. presenta una bandera revolucionaria definida; los que la aceptan, aceptan también los deberes de la lucha y de la propaganda que implica; y porque aceptan esos deberes es por lo que pertenecen a la A. I. T.

Nacional, como internacionalmente, la división en miembros pasivos y miembros activos de una organización revolucionaria debiera desaparecer. El revolucionario platónico está bien en el arte, en los páramos literarios, en los cenáculos de café; pero en la vida real el revolucionario es sólo aquel que labora y que piensa, el que pone todo su ser al servicio de la causa que considera justa. Este orden de consideraciones nos llevaría a examinar la razón de ser de los revolucionarios pasivos y a conclusiones

un tanto radicales, pues nos sería imposible reconocer el interés por la revolución. El amor a la verdad, a la justicia, a la libertad allí donde no se lucha, donde no se trabaja por la verdad, por la libertad, por la justicia. Dejémoslo, pues, y volvamos a repetir que la A. I. T. puede continuar como hasta aquí con adhesiones pasivas y con adhesiones reales. Las adhesiones pasivas y la no adhesión equivalen a la misma cosa.

No creemos que la A. I. T., por fuerte que sea, realice la revolución social, como no creemos que la realice una organización nacional. La revolución social es obra de las grandes masas. La A. I. T. puede ser una palanca y una bandera — una palanca que facilite la obra revolucionaria y una bandera que señale el camino de la emancipación. Pero esa palanca tiene que ser movida y esa bandera sostenida por el brazo robusto del proletariado revolucionario antestatista del mundo entero.

D. Abad de Santillan

LOS GRANDES ARTISTAS
El Arte en España
RIBERA — ZURBARAN

El Greco libertó al alma española. Después de él la llama sube, derecha y alta, para morir casi bruscamente. En ninguna parte hubo evolución tan rápida ni tan breve, espíritus más raros ni más audaces, tinieblas más profundas antes del súbito impulso ni después de la caída inesperada. La España es una aparición que sale de la sombra y vuelve a ella después de haber atravesado, con una violencia terrible al resplandor del oro y las espadas, la historia y la pasión.

Dos o tres hombres la expresan, en menos de un siglo, y se elevan tanto que están entre los pocos hombres a los cuales el hombre no puede renunciar. La comprensión era tan dura que muy pocas almas surgieron, pero con tales fuerzas contenidas que hicieron estallar todos los lazos de la inteligencia y del corazón. Don Quijote partía para las rutas polvorientas, solo y libre, dueño de realizar su sueño y de conquistar la ilusión.

Cuando Velázquez fué a Madrid, tuvo que pasar por Toledo. Aportaba entonces a Castilla, que iba a influir poco a poco en él, la enseñanza profunda de Italia traducida por un Bizantino que había afeitado España, y el espíritu de Andalucía donde había aprendido su oficio. No por Pacheco, que no lo conocía mucho, ni por Herrera, en la casa del cual apenas tuvo tiempo de aprender a moler los colores. Pero Pacheco tenía hermosos cuadros y recibía a muchos artistas.

Se miraba a su taller como al centro de Sevilla, reina de España y de América, ciudad del oro y del fuego. Góngora reinaba. Cervantes había estado. Pablo Céspedes, buen pintor de Córdoba, aportaba las ideas de los maestros romanos. Se mostraban las telas flamencas. Se conocían muy bien los cuadros de Ribalta, un viejo pintor influenciado por el Correggio y los Bolofneses, pero de temperamento rudo y fuerte que consulta Zurbarán. Algunas obras de Ribera, su mejor discípulo, deben haber penetrado también.

En todo caso los primeros cuadros de Velázquez, y casi todos los de Zurbarán, llevan el sello de la ciencia que definió a Eibera y de la cual Martínez Montañez, en la época que estudiaba en Sevilla, daba él también tan probos ejemplos en sus estatuas de madera pintada, que renovaban el antiguo arte de los escultores españoles, tomando al drama cristiano los elementos del naturalismo trágico, cuya necesidad manifiestan. El realismo inexorable de España ha atravesado de



RIBERA — El ciego de Gamba

parte a parte la ficción católica para ir a buscar detrás de ella lo que hay en la vida de más áspero y más desnudo.

El catolicismo no es allí, como en Italia, un sistema político, una disciplina estética y moral, como en Francia; es una realidad estrecha que la existencia cotidiana reproduce.

La leyenda santa es historia, historia actual. La virgen es una mujer del pueblo con un niño sucio en los brazos, la Magdalena una joven marchita, gastada por la mala vida y la desgracia. Todos han visto crucificar o quemar al heré-

tico, olfatearon la sangre de las bestias que bebe la arena ardiente. Han seguido las huellas sangrientas de las carretas raseabundadas que trasportaban fuera de la arena a los caballos muertos. El santo se manifiesta al español con la apariencia del mendigo, del estropeado, del ciego con los ojos llenos de moscas. Las llagas de los enfermos, la carroña que seca o pudre al sol, la mula reventada que un cojo despelleja, el enano, el idiota, el enfermo, todo lo que existe de más feo



RIBERA — Ermitaño

y de más terrible sobre la tierra, es el espectáculo de que se alimenta el alma sedienta de obediencia al siniestro destino.

Todavía en nuestros días, en algunas aldeas, los campesinos descienden el Cristo de madera de su calvario y flagelantes rugen y gritan y caen de rodillas en su trono. Se pasean por las calles cadáveres de cera acostados en féretros abiertos. Se cuelga en las capillas a crucificados cubiertos con pieles y cabellos humanos. Valdés Leal, el pintor de Córdoba ha pintado féretros rotos, obispos muertos que los gusanos devoran y que fermentan en la púrpura, armonías rutilantes en la noche fétida de una cueva.

Fué para tener la fuerza sombría que se necesita para decir todo eso que José Ribera (1) partió joven para Italia, donde hizo una vida miserable, homicida quizás, triunfó, y aprendió tesoneramente a seguir el juego de las fibras musculares, la tensión de las aponeurosis, de los tendones por romperse, de los huesos aparentes bajo la piel muerta o reseca.

Para hacer resaltar mejor en la luz dramática los salientes y las contracciones impresas por el dolor a los miembros enflaquecidos, a los torsos huecos, a los mentones devastados, fué que preguntó al Caravaggio cómo hacía para hundir en la sombra opaca todo lo que no expresaba el éxtasis o la desesperación.

Sus ascetas están cubiertos de fango y de polvo. Pone para realizar su obra la crueldad de sus verdugos, la obstinación de sus mártires, esa sed de realidad que hace hermanos a los unos de los otros. No se le puede reprochar sus músculos demasiado impecables porque van a romperse bajo la rueda y a deformarse después. Se le perdonan sus fondos bituminosos y negros porque a veces los desgarran para hacer visibles cielos poderosos donde marchan nubarrones sólidamente inocelados.

No hay que fijarse en sus dedos rugosos y conjunturas nudosas, en sus barbas

rucias, sus rostros mugrientos, sus arrugas, sus encías sin dientes, sus ojos llozos y enrojecidos, sino por la voluntad inexorable que expresan de dar a la vida trágica y a la muerte su aspecto más desnudo. Cuando se mira largamente, se ve surgir del fondo de la sombra roja, como mo fruto sazonado, tiernos rostros de mujeres, ya acariaciados con esa condensación de ambar, de plata y de perl; que penetra en las carnes de Velázquez y de Goya, y a la cual Murillo



RIBERA — Ermitaño

substituye con el polvo, los aceites y el humo de incienso. Posiblemente hubiese debido vivir lejos de la Escuela, en su España valenciana, donde las palmeras y los bosquecillos de naranjas vierten una sombra más cálida, más compacta y más perfumada que en otras partes. Pero sin duda entonces no hubiese dado a los maestros de Andalucía y de Castilla el armazón duro y firme que se ofrece de tiempo en tiempo para soportar sus edificios milagrosos y vacilantes.

Elie FAURE

(Concluirá)

(1. En el Museo N. de Bellas Artes existen dos obras de Ribera, donde es evidente el carácter realista y la energía fogosa de su escuela. — N. del T.

La tortura por la esperanza

Precedido de dos familiares con linternas, y seguido de un fraile redentor, bajó, al caer la tarde, a un calabozo perdido en los subterráneos del Santo Oficio el venerable Pedro Arbuez de Espiña, sexto prior de los dominios de Segovia, tercer Gran Inquisidor de España. Chirrió la cerradura de una pesada puerta, y penetraron en un mefítico in-paceta. Una tenue claridad que penetraba por lo alto permitía distinguir allí, entre anillos asegurados en los muros, un potro ennegrecido por la sangre, un brasero y un cántaro. Sobre un montón de paja y estiércol, encadenado, con un aro de hierro al cuello, se hallaba sentado, hurafío, un hombre en harapos, de edad imprecisa.

Era ese prisionero el rabbi Aser Abarbanel, judío aragonés que, acusado de usura y desplacado desdeñ a los pobres, era, desde hacía más de un año, diariamente sometido a la tortura. Sin embargo, siendo "su encogimiento tan duro como su cuero", se había negado obstinadamente a la abjuración.

Orgullosa de su filiación, varias veces milenaria, orgullosa de sus antiguos antepasados — pues todos los judíos dignos de ese nombre son celosos de su sangre, — descendía talmúdicamente de Otoniel y

de Ipsihoe, mujer de ese último juez de Israel; circunstancia que había sostenido su valor en lo más rudo de los incesantes suplicios.

Con los ojos anegados en lágrimas, al pensar que esa alma tan firme se excluía de la salvación, se aproximó al judío temeroso, Pedro Arbuez de Espiña y pronunció las siguientes palabras:

—Hijo mío, regójate, tus padecimientos en este mundo llegan a su fin. Si en presencia de tanta obstinación me he visto obligado a permitir, aunque gimiendo, se emplearan tantos rigores, mi tarea de fraternal corrección tiene sus límites. Tú eres la higuera que, hallada tantas veces sin fruto, fué secada... pero sólo a Dios corresponde juzgar tu alma. Quizá la infinita Clemencia brillará en tí en el supremo instante. Así debemos esperar, pues hay ejemplos... ¡Así sea! Descansa, pues, esta noche en paz, que mañana formarás parte del auto de fe; es decir que serás expuesto en el quemadero, brasero promonitorio de la eterna Llama. Ya sabes, hijo mío, que quema a distancia, y la muerte tarda por lo menos dos horas, a veces tres en llegar, a causa de los paños mojados y helados con que cuidamos de preservar la frente y el corazón de los holocaustos. Serás sólo cuarenta y tres, y, colocado en la última fila, tendrás todo el tiempo necesario para invocar a Dios y ofrecerle ese bautismo de fuego, que es el Espíritu Santo.

Espera, pues, en la Luz infinita, y dame.

Terminado este discurso, hizo el venerable Arbuez desencadenar al desgraciado, y lo abrazó tiernamente. Otro tanto hizo el fraile redentor, pidiéndole perdón por lo que le había hecho sufrir para redimirlo, y llegó su turno a los dos familiares, que lo besaron silenciosamente a través de su cogulla. Concluido el ceremonial, el cautivo fué dejado solo en las tinieblas.

Rabbi Aser Abarbanel, seca la boca y desfigurado el rostro por el sufrimiento, miró, primeramente sin atención, la puerta cerrada. — "¿Cerrada?" Esta palabra despertaba, allá en lo infinito de sí mismo, en sus confusos pensamientos, un vago ensueño; es que había entrevisto, un instante, por la rendija de esa puerta, la claridad de las linternas que se alejaba. Una morbida idea de esperanza, debida a la debilidad de su cerebro, lo hizo estrearse, y se arrastró hacia esa cosa insólita. Después, deslizando un dedo, con grandes precauciones, a lo largo de esa rendija, entreabrió la puerta... ¡Oh, estupor! por un azar extraordinario, el familiar, al cerrar, había echado la llave en falso.

El judío dirigió una mirada afuera, y a favor de muros terrosos, y frente a él cinco o seis escalones de piedra, un pórtico negro del que no podía entrever, desde abajo, mas que los primeros arcos.

Arrastrándose a lo largo de los muros llegó hasta el pórtico, y, sí, era un corredor que se extendía ante él, de una longitud desmesurada. Una luz livida, un resplandor de sueño le daba claridad; algunas pequeñas lámparas de aceite, suspendidas de la bóveda, porían unas como manchas azules; el fondo sólo era sombra. Ni una puerta lateral en toda su extensión. Sólo de un lado, a la izquierda, algunos respiraderos con rejías cruzadas, practicados en las entradas del fuerte muro, dejaban pasar un crepúsculo que debía ser el de la tarde, por las rayas rojizas que cortaban el embalsogado. ¡Y qué espantoso silencio! Sin embargo, allá al fondo, en la tiniebla, podía haber una salida hacia la libertad! La vaillante esperanza del desgraciado era tenaz, pues era la última.

Sin trepidar, se aventuró por el corredor, pegándose a la pared de la izquierda, tratando de confundirse con el tenebroso tinte de la muralla. Avanzaba lentamente, arrastrándose sobre el pecho, poniendo toda su energía en ahogar los gritos que le hubiera arrancado el dolor de las heridas recientes. De pronto llegó hasta él un ruido de sandalias que se aproximaban. La ansiedad lo ahogaba, y

su vista se oscureció. Todo había terminado, sin duda, y más muerto que vivo, se agarró en una de las entradas que formaba el muro. Era un familiar, que pasó a su lado rigidamente, baja la cogulla, terrible, con un arrancamúsculos en la mano, y desapareció. La conmoción había sido tan intensa que había como suspendido sus funciones vitales, y permaneció allí cerca de una hora, sin moverse; en el temor de mayores tormentos si era sorprendido, hasta pensó en volver a su calabozo. Pero el divino "Quizá", que reconforta en los peores infortunios, le hizo oír el viejísimo canto de la esperanza, no dudó ya del milagro que se había producido, y siguió arrastrándose hacia la posible evasión. Estremado por los sufrimientos y el hambre, temblando de angustia, avanzaba por ese sempiterno corredor que parecía prolongarse cada vez más; y miraba siempre adelante, allá, hacia la sombra donde debía estar la salida salvadora.

De nuevo oyó pasos, pero esta vez más lentos y más tétricos. Pronto se dibujaron las formas blancas y negras de sus inquisidores. Hablaban en voz baja, y a juzgar por sus gestos, parecían en controversia sobre algún punto importante. Aseí Abarbanel cerró los ojos, empapándose sus harapos de un sudor de agonía, e implorando al Dios de David, quedóse inmóvil en la sombra. Llegados frente a él se detuvieron los inquisidores, casualmente en la parte de luz que proyectaba una lámpara. Uno de ellos, escuchando a su interlocutor, miró al judío, y bajo esa mirada, cuya expresión no comprendió el desgraciado, desfalleciente y sin respiración, creyó sentir de nuevo las ternuras mordiendo en su pobre carne. Pero los ojos del inquisidor, que eran los de un hombre preocupado profundamente por lo que va a contestar, absorbido en lo que escucha, parecían mirar sin ver. En efecto, al cabo de algunos minutos, los siniestros discutidores reanudaron su marcha a pasos pausados y conversando siempre en voz baja; no lo habían visto. Una impresión horrorosa lo arrancó de su letargo: mirando la pared, junto a su rostro, había creído ver, frente a los suyos, dos ojos feroces que lo observaban!... Echó atrás la cabeza en un movimiento brusco, desesperado, erizado el cabello; pero, no, no, al tocar las piedras pudo convencerse de que era sólo el reflejo de los ojos del inquisidor que conservaba aun en la pupila. Y arrastrándose sobre las rodillas, sobre las manos, sobre el vientre, siguió su vía dolorosa, y pronto entró en la parte obscura del lúgubre corredor. De pronto sintió en las manos, que apoyaba en el suelo, un soplo de aire fresco que pasaba por debajo de una puerta, y todo su ser experimentó como un vértigo de esperanza.

No había cerradura, ni cerrojos, sólo



un pestillo que cedió bajo su mano, y la puerta se abrió silenciosamente ante él. — ¡Aleluya!, murmuró en un inmenso suspiro de acción de gracias, a la vista de lo que se le aparecía. La puerta se había abierto sobre los jardines, bajo la noche estrellada, hacia la primavera, ¡la libertad, la vida! La campiña próxima se extendía hacia las sierras cuyas líneas sinuosas se perfilaban en el horizonte. Allí estaba la salvación. Correría toda la noche bajo los bosques de limoneros, cuyo perfume aspiraba, y, una vez en las montañas, estaría salvado. Respiraba el aire libre, el viento lo reanimaba, sus pulmones resucitaban y oía en su corazón dilatado el "Vení foras" de Lázaro. Para bendecir a Dios, que acordaba esa misericordia, extendió los brazos y ele-



EDELFEIT — Preocupación

vó la mirada hacia el firmamento, en éxtasis. Emuñones creyó ver la sombra de sus brazos volverse hacia él, creyó sentir que esos brazos de sombra lo rodeaban, lo estrechaban y descansaba serenamente sobre un pecho. En efecto, una sombra alta estaba junto a él; confiado bajó la vista, y quedó enloquecido, turbia la mirada, presa del espanto.

Estaba en brazos del Gran Inquisidor, del venerable Pedro de Arbuez de Espiña que lo contemplaba con ojos preñados de lágrimas y con el aire del buen pastor al hallar a la oveja extraviada.

El sombrío fraile lo estrechaba contra su corazón en un arranque de caridad,

tan ferviente, que las puntas del cilicio monacal hirieron, bajo su hábito, el pecho del dominico.

Y mientras que Aser Abarbanel, con ojos fuera de las órbitas, jadeaba de angustia en los brazos de Arbuez y empezaba a comprender confusamente que todas las fases de esa noche fatal no eran más que un suplicio previsto — el de la Esperanza — el Gran Inquisidor, con acento de tierno reproche, le murmuraba al oído, con su aliento ardiente y alterado por los ayunos:

— ¡Pobre hijo mío! ¡En vísperas de la salvación... y querías abandonarnos!

M. VILLIERS DE LISLE ADAM

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

La revolución de julio de 1830 en Francia, cuyos frutos fueron escamoteados por la burguesía orleanista que se procuró así más de diez y siete años de prosperidad, el período cuya famosa palabra orden fué: "Enriqueceos", había hecho a los partidos burlescos, republicanos y bonapartista, tanto más ávidos del poder, y su nacionalismo y autoritarismo se acrecentaron. Esa mentalidad repercute también en los movimientos socialistas y comunistas que entraron desde ese tiempo en liza en pleno día por una propaganda abierta, al lado, es verdad, de un engranaje de sociedades secretas que abundaban también en derroche de autoridad. Los jóvenes saint-simonianos proclamaban bien el culto a la mujer y muchas otras bellas cosas, pero estaban sometidos a la dictadura espiritual del jefe de su gerarquía, el Père Enfantin; veinte años más tarde ese aprendizaje lo hizo jefe de la industria, de la gran banca, del monopolio naciente de los ferrocarriles. Los comunistas en gran parte bajo la tutela del viejo Buonarroti, el camarada de Babeuf, el hombre del verdadero centro de las sociedades secretas que irradian desde París por varios países, — más tarde bajo la férula de Etienne Cabet, autoritario impenitente, — los socialistas revolucionarios, en los grupos secretos dirigidos por Blanqui, la encar-

nación de la idea de dictadura, — los socialistas de Estado que se colocaban alrededor de Louis Blanc, el estadista socialista en ciernes, — los socialistas moderados más o menos religiosos, dirigidos por creyentes de un neo-catolicismo social que han debido ser guiados a su vez, a su deseo quizás, por la Iglesia católica que comenzaba a formar su puesto confortable y sobre todo muy permanente en el movimiento social, — es espantoso el poco espíritu de libertad que existía en todos esos movimientos que atraían tantos hombres abnegados. Entre esas escuelas diversas la intolerancia y la querrela recíproca eran la regla; así Fourier mismo escribió sus *Piéges* y *Charlatanisme des deux sectes de Saint-Simon et Owen qui promettent Passociation et le progrès* (1831); más tarde Pierre Leroux, socialista derivado del saint-simonismo, en su *Revue sociale* se expresa un peor contra los fourieristas, y la mano de Proudhon se había levantado contra todos y él mismo se convirtió en la bestia negra y la pesadilla de todos los otros socialistas. Sin duda han debido surgir muchas buenas ideas de esas luchas mutuas, pero en suma unos se bloquearon a los otros, y, en 1848, en que habrían debido y podido cooperar todos, se detestaban íntimamente entre sí y la burguesía ganó otra vez la partida.

He hablado ya de los rasgos muy progresivos que se notan en Considerant (la comuna), en E. de Pompery (que entrevió un comunismo libre brotado del fourierismo) y se encontrarán otros rasgos semejantes. El principio mismo de la asociación voluntaria fue uno de ellos; Constantin Pecqueur ha elaborado ese principio en sus libros. A despecho del Estado centralizado que detormenta la mentalidad pública a su imagen había una vieja corriente mas bien comunista y asociacionista que se manifestaba en las ciudades libres de la edad media, en París en tiempos de Etienne Dolet, también en asociaciones como las de los obreros, obligadas a vegetar subterráneamente, en las que se expresaba en el *compagnonage*, esos primeros sindicatos. La idea de la asociación fue muy calurosamente aceptada por los obreros antes de 1848 y cuando la revolución de febrero de 1848 vino a suprimir los obstáculos legales, se crearon asociaciones en gran número, de 1848 a 1861, para ser suprimidas de nuevo, cuando en 1864 la ley de coalición hizo renacer otra vez las cámaras sindicales, en trade-unionismo que desde entonces no desapareció más, que se repuso el primero después de la Comuna y que ha dado el gran fondo de obreros organizados y amantes de su grupo corporativo de donde, hacia 1895, salió el sindicalismo moderno. La fuerza de este sindicalismo consiste en su larga preparación, que muestra que había encajado verdaderamente raíces desde hacia mucho tiempo ya. — Aun en el siglo XVIII, época más bien individualista, dado que tantas antiguas cadenas que se deseaba romper pesaban todavía sobre el mundo, Retif de la Bretonne, ese autor que salió de la vida campesina y pasó por la vida obrera de tipógrafo, intentó preconizar la asociación, como lo hizo en la constitución social de un grupo voluntario de hogares asociados (*Les vingt épouses des vingt associés*, en los *Contemporaines nées*, hacia 1870).

Pero ideas anarquistas no fueron expresadas más que en 1840 por Proudhon y en 1841 — a lo que parece en completa independencia de Proudhon — por un pequeño grupo obrero del cual J. J. May, un obrero sobre el que se sabe muy poco, parecía haber sido el centro intelectual. En junio y en julio de 1841 se publicaron dos números de *L'Humanitaire*, órgano de la ciencia social; el gerente era G. Charavay, obrero entonces, de la familia más tarde tan conocida de los negociantes de autógrafos; cada número tenía ocho páginas en 4.º de composición sólida y nada más que de texto y notas. Este fue el primer periódico comunista anarquista que haya aparecido, como *The Peaceful Revolutionist* de Josiah Warren, en Cincinnati, Estado de Ohio, en enero y durante 1833, fue el primer periódico individualista anarquista. No he visto jamás este último, pero tengo ante mí un ejemplar del *Humanitaire*, los dos números en estado nuevo, sin cortar. Es inútil decir que el periódico fue secuestrado y se hizo un proceso al grupo, lo cual llevó también a la publicación del famoso proceso verbal de una sesión del 20 de julio de 1841 por el comité de los funcionarios del periódico con sus nueve artículos aceptados por ellos "como base fundamental de la doctrina comunista-igualitaria".

Es inútil también decir que el dictador espiritual de los comunistas, Cabot, de la Icaria, que lanzó folletos llamados *Refutation de...* contra todos los que no pensaban como él, lanzó también una excomunión furiosa en esa ocasión, intitulada *Refutation de L'Humanitaire*, indignado casi tanto como el procurador del rey contra el carácter impío, destructor de la familia, antiautoritario y que faltaba al respeto general de esa publicación y de ese grupo. J. J. May había logrado salvarse en Inglaterra; de regreso en Francia dos años más tarde, fue arrestado como insumiso militar y enviado al ejército a Africa (Algeria); cayó enfermo y fue mandado a Tolón, donde murió. No falta, pues, nada absolutamente en ese primer periódico comunista anarquista de 1841 — la confiscación, el proceso, el mejor espíritu del grupo editor más o menos llevado a la muerte por el militarismo — y la excomunión del Pe. Cabot, antiguo procurador del rey y el antepasado del comunismo de los decretos lanzados en nuestros días por los padres de la iglesia comunista que residen en Moscú.

Esos camaradas de la primera hora decían... "Así, pues, el hombre es un ser

totalmente social, y la sociabilidad produce además la única situación que hace posibles todos los mejoramientos de que es susceptible su organismo... la causa del mal es por tanto la organización de la sociedad que, en lugar de bajar sus leyes sobre las de la naturaleza, y de confundirlas al organismo humano, se ha desviado constantemente más o menos de las leyes de la primera (la naturaleza), y puesto estorbos u obstáculos al desenvolvimiento del segundo (organismo humano): he ahí la verdadera fuente del mal... el hombre nace con necesidades y facultades; su conservación exige imperiosamente la satisfacción absoluta de las primeras y el desarrollo completo de las segundas... El desarrollo completo de todas las facultades del hombre será la garantía de la utilidad (el carácter razonable que contribuye a la conservación, por tanto a la dicha del hombre) de todos sus actos. Así el mal, es decir, el acto por el cual el hombre se perjudica a sí mismo o perjudica a un ser de su especie, debe hacerse imposible en una organización social basada sobre la naturaleza humana... del desenvolvimiento completo de las facultades debe resultar la razón, o el conocimiento exacto, preciso, de lo útil y de lo perjudicial; y estas dos cosas (lo útil y lo perjudicial), escrupulosamente indicadas y definidas, no podrán ser confundidas, se convertirán entonces en el único móvil de todos los actos del hombre, como son hoy el móvil de todo hombre *sábio*..."

(En esa organización futura entrevista) el problema siguiente está claramente resuelto: encontrar una situación en la cual sea imposible que el hombre perjudique a su semejante sin perjudicarse a sí mismo... la situación igualitaria (puede) únicamente los (esos problemas) revuelve todos... La consecuencia primera de ese principio es la unidad y la indivisibilidad y no puede admitir ninguna división, ningún parcelamiento del suelo; queremos pues la comunidad de los bienes... En cuanto al reproche de monotonía, de languidez que se dirige a la comunidad... ¡Ved en efecto cuán monótona es esta organización! El hombre bajo ese régimen dará solamente cuatro o cinco veces la vuelta al globo (Esto tiene relación con la idea de este grupo: "Los viajes continuos; estando en relación con el organismo y la actividad del hombre, deberán recibir todos los desenvolvimientos posibles" — del proceso verbal del 20 de julio). La organización del trabajo... no es menos comoda; nunca en ese orden social estará el hombre clavado más de un día consecutivo en el mismo trabajo. ¡Qué aburrimiento entonces en un estado de cosas en que el hombre viajará continuamente; y eso con el fin de operar la mezcla más íntima de la raza; de estimular sin cesar su actividad, ofreciéndole siempre hechos nuevos que estudiar; de dejar libre curso al desenvolvimiento de la fraternidad, preservando al hombre del contacto perpetuo con los mismos seres, que engendra el apego individual que es positivamente la negación de la ley de atracción, una y universal... el plan de una organización social en que toda dominación del hombre por el hombre será enteramente abolida: ese plan lo daremos en nuestro "periódico"...

En el artículo "De la ciencia social", en el segundo número, leemos por ejemplo: "...Razón, a ti te toca ahora gobernar el mundo! bastante tiempo, en nombre del progreso y de la libertad, la humanidad ha sido sumergida en la miseria más horrible, en la esclavitud más odiosa. En vano se pretendería que la razón no es bastante poderosa para desempeñar el papel que le asignamos... Coloca el hombre en una situación conforme a su naturaleza; desarrolla sus facultades en toda su extensión; aleja de él todo lo que contribuye inmediata o mediatamente a extraviar su razón, y entonces acabará la demencia de la humanidad! Entences desaparecerán el despectismo o la dominación del hombre por el hombre, que reviste una multitud de formas diferentes que nosotros rechazamos todas... La libertad es una situación en que el hombre no obedece a otra autoridad que a la de la razón; la tiranía es lo opuesto, una situación en que se está forzado a cometer otros actos que los que su razón le dicta. ¿Qué es, pues, la razón? Es la ciencia, o el conocimiento de lo que es útil y lo que es perjudicial... No hay por tanto tiranía en nuestra organización, puesto que el hom-

bre no obedece a otra autoridad que a la de la razón; ella, únicamente, posee todas las condiciones de la verdadera libertad..."

El primer número de *L'Humanitaire* contiene también un artículo biográfico e histórico sobre Sylvain Maréchal que es todavía el estudio más cuidadoso de la vida de ese anarquista del siglo XVIII. E. ha sabido echar mano a pasajes como éste de Maréchal: "...El hombre ha nacido para vivir independientemente y gobernarse a sí mismo; ha dado un paso hacia la corrupción cuando renunció por sobre él a uno de sus semejantes, aunque valiese mucho más que él. La ciencia del gobierno es antinatural. El género humano no consiguió formar una masa. Sepáramonos amistosamente en pequeños grupos. El hombre no debe obedecer al hombre. Sólo el padre tiene derecho a mandar. Un rey o sus representantes, un código civil, una constitución política, todo eso es muy hermoso, quizás, pero es inútil en absoluto para el hombre que vive en familia, que prefiere la paz doméstica al brillo efímero y peligroso de la civilización..."

El anarquismo pastoral de Maréchal es muy bien reconocido y se levanta aún su llamado a la libertad al comienzo de la revolución francesa cuando dice a la Asamblea Nacional: "¡Hijos de los hombres! ¡si supiésemos cuán pequeño es todo lo que sale de vuestros cerebros ante las vastas concepciones de la naturaleza! ¡Hijos escuchad a vuestra madre; dejad esas formas que no llevan más que a nuevos excesos, esas revoluciones que, en último análisis no son más que cambios; y a menudo más que un aumento de males. No es sino lo que ha sido sancionado por la naturaleza lo que puede tener consecuencias durables. Había que intentar una grande y bella revolución y se debió esperararla de la sabiduría de 800 o 1.200 elegidos entre 25 millones de hombres; habría que haber recordado verdaderamente a la especie humana los primeros derechos de la libertad individual, y romper los resortes tan complicados de la sociedad civil, en lugar de extenderlos de nuevo; no habría que haber conservado, en una palabra, más que lo que la naturaleza aprueba..."

El autor continúa: "pero Maréchal hablaba en un desierto; la revolución, absorbida en absoluto por la política, hacia perder a los hombres el punto de vista social"... libertad, igualdad, fraternidad... "Pero esas no son más que palabras, decía, en tanto que haya sirvientes y amos, pobres y ricos: ¡no libertad!, ¡no igualdad! en tanto que los hombres constituyan pueblo: ¡no fraternidad! la revolución no ha sido hecha"... En el *Manifiesto de los iguales*, escrito por el comité secreto de Babeuf, Maréchal puso estas palabras: "desapareced por fin, repulsiva distinción de gobernantes y de gobernados", — que fueron desaprobadas por el comité autoritario.

En ese estudio sobre Maréchal se encuentran, a propósito, sus ideas designadas como "las ideas antipolíticas o anárquicas que ha emitido"; con esta nota: "Anarquía — Estado sin gobierno; y no decríen como la entienden nuestros políticos. ¡Qué periódico anarquista no ha dado tantas veces esa misma explicación desde entonces del término anarquía!"

En una palabra, esos extractos muestran que esos hombres de 1841 eran perfectos comunistas de las más libertarias aspiraciones. Una polémica intensa de los comunistas autoritarios a su alrededor demuestra cómo se apartaban con plena conciencia de la tendencia autoritaria. Se disponían a elaborar sus ideas gradualmente, pero se vio que les fue coartada la palabra rigidamente y que por el momento se consiguió acallarlos; al menos no conozco ninguna otra voz en su sentido desde 1841 a 1848 y a nadie cuyas ideas se refirieran a su esfuerzo, aunque su nombre, el del periódico, no fue olvidado y la reacción que se complacía en citar sus opiniones tan "extrémas" ha contribuido a hacer sobrevivir su memoria.

Nctemos, de paso, que el gran libro de Godwin era favorable a una evolución pacífica hacia la anarquía por la persuasión y la discusión, el primer órgano individualista anarquista se llamó *The Peaceful Revolutionist* (El revolucionario pacífico) y el primer órgano comunista anarquista se llamó *L'Humanitaire* y lo esperaba todo de la razón. Pensemos ahora en el retro al seno de la naturaleza, en

la anarquía pastoral preconizada por Sylvain Maréchal, etc. Todos humanitarios entusiastas que no pensaban más que en hacer el mundo bello, libre, racional y equitativo. ¡He ahí los verdaderos orígenes de la anarquía, a la que se califica con encarnación de la violencia y de los instintos sanguinarios! ¿Quién dice eso? Lo dicen los persecutores para distorsionar sus propias propensiones, gustos y crímenes. Lo dicen los magistrados que son los proveedores de la guillotina y del martirio de los presidios; lo dicen los hombres de Estado, que hacen el juego diplomático de los mentirosos y de los engañadores en tiempos de la llamada paz y el juego de asesinos en tiempos de guerra; lo dicen los economistas, que son los apologistas del sistema del hambre y de la miseria eterna de los desheredados. Y lamento tener que decirlo, los socialistas autoritarios no piensan otra cosa, ellos, que no se elevan mucho más del nivel de la sociedad presente y de la del pasado, puesto que querer gobernar es querer dominar, ser cruel, y todo eso tiene que ver con el pasado salvaje, no con el porvenir libre y feliz.

Como el individualismo de Warren ha sido despertado en reacción contra el autoritarismo de New Harmony (1827), así el comunismo libertario de *L'Humanitaire* es manifiestamente una revuelta semejante contra el autoritarismo de Cabot y de sus adeptos. Había, pues, otro medio que el de convertirse en adversario del comunismo, como hizo Warren y la escuela mutualista, — fue el de hacer libre al mismo comunismo, bello, atractivo. Esa síntesis entre la necesidad social y la necesidad individual, una y otra hechas naturales, queda para lo sucesivo como el gran problema a elaborar por el comunismo anárquico, mientras que el anarquismo individualista, desde el principio, ha tomado a su cargo la resolución de ese problema basándose sólo sobre el individuo y en lo que el individuo considera siempre útil procurarse en utilidades sociales por contratos individuales pero, como todo contrato, recíprocos, formales.

Esta última opinión se hizo oír en Francia a partir de 1848 por la voz robusta de Proudhon.

Max Nettlau

Una carta de Pedro Kropotkin a Lenin

En una revista que aparece en París, escrita en ruso y en francés, se publica una carta de Kropotkin dirigida a Lenin, fechada en diciembre de 1920 y en la que se lee:

"En el número de hoy del *Pravda* encuentro el informe oficial de que el consejo de los comisarios del pueblo ha decidido mantener como rehenes a varios oficiales del anterior ejército de Wrangel.

No puedo comprender que no se encuentre en su ambiente un sólo hombre justo que le diga que tales resoluciones hacen recordar la más tenebrosa edad media, los tiempos de las cruzadas. Vladimir Ilyitch, sus medidas prácticas son por completo indignas de las ideas que pretende representar.

¿Será posible que Vd. no sepa lo que es propiamente un rehen? Un hombre encarcelado, no a causa de su crimen, sino por la única razón de que posibilita a sus adversarios el ejercicio de una extorsión en sus camaradas. Esos hombres deben estar poco más o menos en un estado de ánimo como el de los condenados a muerte a quién los inhumanos verdugos sorprendían cada día; al sonar las doce, con la noticia de que su ajusticiamiento ha sido postergado todavía 24 horas. Si esto es posible, se debe prever que Vd. introducirá, un día, la tortura como era usual en la edad media.

Espero que no se le ocurrirá contestarme que el poder es para los políticos una ocupación profesional y que todo ataque a ese poder debe ser considerado como una concurrencia a la que hay que vencer a todo precio. Ni siquiera los reyes tienen ya ese punto de vista, y los dominadores de todos los países en que existen las monarquías aun, han renunciado, hace mucho, al medio de defensa introducido en Rusia mediante la toma de rehenes.

¿Cómo puede Vd., Vladimir Ilyitch, que pretende ser un apóstol de nuevas verdades, el constructor de un nuevo Estado, como puede Vd. apoyar medios tan repulsivos, métodos tan imposibles? Esa medida equivale a la pública confesión de que sus planes hicieron bancarrota, de que no ha conservado sus ideas. ¿O bien por la toma de los rehenes no tiene a salvar su obra sino sólo su vida?

Ha sido de tal manera deslumbrado, de tal modo aprisionado en sus ideas autoritarias como para no advertir absolutamente que Vd., como cabeza principal del comunismo europeo, no tiene derecho a enlodar con hechos vergonzosos las ideas que defiende, — con hechos vergonzosos que solo testimonian un terror monstruoso, un miedo sin calificativo por su propia vida?

¿Qué futuro se le deparará al comunismo cuando uno de sus más importantes propagadores pisotea todo sentimiento honesto?

PEDRO KROPOTKIN

El escritor ruso Meigurof, que publica esta carta, añade como aclaración que Kropotkin no estaba bien informado sobre el verdadero alcance de los rehenes. ¿Cuanto más grande no hubiera sido su indignación de haber sabido que entre los rehenes se encontraban niños de ocho a catorce años!...



Un tomo en 8.º, rústica ... \$ 1.20
Edición especial, papel puma ... " 2.50
" " encuadernado en tela " 3.50

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera.

PERÚ 1587. — Buenos Aires.

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Reminiscencias

Las necesidades cotidianas y la precipitación de los acontecimientos no muy a menudo nos permiten retardarnos y echar una ojeada hacia atrás. Más vale proseguir la ruta, expuesto a todas las obstrucciones, hacer esfuerzos vivificantes, trabajar por la belleza y la dicha presentes, que insistir sobre los hechos pasados y consumirse en estériles penas. Empero, es dulce, ciertas veces, eyocar aquel de nuestros amigos caído en la inevitable batalla de la vida, y al que debimos abandonar en medio del camino.

Hace un año, Harmant, el pequeño Harmant, como dice Colomer, fué hallado muerto en su lecho, con una bala en el corazón. La noticia de este trágico acontecimiento, que ninguna acción precedente había presentir, produjo un movimiento de estupor desolado en todos los que lo conocían. Mas es bien cierto que casi todos los que se relacionaron con él sólo conocieron al hombre de acción y de pensamiento, pues, militante activo, no dejaba traslucir, de ordenarlo, nada de sus dolores y de sus desalentos.

En una época en que se predica el culto de la energía y de la fuerza, cuando la juventud literaria, universitaria y proletaria parece seguir respectivamente (y respetuosamente) a M. M. Maurras, H. de Motherlaut y — ¡ay! a Henry Pathé, cuando los jóvenes de todas las condiciones y de todas las clases, sólo parecen respirar el amor de la fuerza brutal y de la disciplina rígida, no será inútil quizás mostrar que aun hay jóvenes que ensayan desarrollar su energía, su voluntad, su inteligencia, su sentido crítico, y que antes de seguir ciegamente a los jefes de un partido o de una escuela intentan realizarse ellos mismos.

Ciertamente, Harmant era de éstos; desde que alcanzó la edad en que el cerebro no se contenta sólo con registrar esfuerzos en tener opiniones originales — y cuán difícil resulta, no obstante, no ser discípulo de alguien — tanto en filosofía como en ciencia como en acción práctica. Y para ésto, desde muy temprano practicó el autodidactismo. Su espíritu curioso e investigador se extendió a todos los dominios científicos, artísticos y literarios y se hizo poseedor de un considerable bagaje intelectual. A los 18 años dio una conferencia — paseo bajo la égida de "Arte y Ciencia" sobre el Viejo París, en los alrededores de la imprenta nacional.

Sólo después de sus propias experiencias y de sus conclusiones personales, tomó parte en el movimiento libertario y no tardó en hacerse notar por la actividad fogosa que desplegó al servicio de la propaganda.

Enteramente enamorado de la independencia, no pudo sufrir, ni en forma atenuada, la tutela y la influencia moral de la familia, vivió cierto tiempo a la manera de bohemios pasados de moda. Y si por su pitanza cotidianamente precaria y ciertos días puramente ideal, se parecía a los arrogantes artistas del club de los "Hydropathes", el aspecto general de su silueta y de sus bolsillos continuamente llenos de libracos heteróclitos evocaba la figura del *Coilone* de Mures.

Pero él tuvo sobre estos artistas la superioridad de no emplear su arte para vivir. El también, incitado por su sentimentalismo inquieto, escribió hermosos poemas, gritos de amor y de dolor, más

que el pudor de guardarlos entre él y las personas a que estaban destinados, le alivie de devorar su dolor en silencio, la fuerza de querer dominarlo solo.

Las múltiples ocupaciones que le proporcionó su rol activo, le impidieron continuar regularmente su apacible profesión de librero, y se hizo albañil y demandero, para poder dejar y volver a tomar sus empleos más fácilmente.

Asumió las funciones de secretario de la Juventud Anarquista e hizo copocer a ésta un período de prosperidad intelectual y de vida intensa. El mismo dió conferencias sobre múltiples motivos, tales como: Fourier y el Fourierismo, las bibliotecas públicas de París, la memoria, la voluntad, etc., las que pronunció en J. A. y en diversas agrupaciones anarquistas y sindicalistas.

Él fué también el delicioso decidor de la Musa Roja, que todos los camaradas conciben. ¿Quién no se acuerda de nuestro amigo, cuando narraba agradablemente "Se va a fotografiar a Bebé" o "El Ateneo Ahumado", o bien, con una emoción irónica, interpretaba "Los Pequeños Términos" y tantas otras obras, a las que él daba interesante frescura por su comprensión tan personal?

¡Ojalá profundamente al ejército y no podía soportar la vista de un uniforme sin manifestar indignación. Después de haber sido dado de baja dos veces por debilidad de constitución, enfermedad del corazón y miopía aguda, fué solicitado una tercera vez y reconocido apto para el servicio de las armas, si bien su estado no había mejorado. No debía jamás vestir el uniforme de los soldados del Derecho, la Justicia, etc., pues tres meses después, moría.

Para satisfacer a los nobles protectores del muy noble Chassinieux, futuro director de la "Seguridad Nacional" que vieron en este hecho una participación alemana, añadiré que, de sus últimas lecturas, sino la última, fué Werther.

HEYMERR

Un medio de propaganda: el congreso

De los congresos no esperamos mayormente soluciones extraordinarias a los problemas múltiples de nuestra propaganda. En oposición a muchos camaradas, no consideramos los congresos como un exponente fiel de nuestras fuerzas y de nuestras actividades; y hemos dicho ya que un historiador que tomara como base de sus investigaciones los protocolos de los congresos, no llegaría fácilmente a la esencia misma de los hechos que se propone historiar. Ciertamente, en los congresos se expresan multitud de matices de la vida real, chocan las ideas y las actitudes como chocan en la realidad, pero no dan un cuadro exacto y efectivo de la existencia cotidiana. Claro está, el historiador no deberá prescindir de ellos, pero tampoco deberá tomarlos como guía fundamental de sus consideraciones. La misión de un congreso puede expresarse como una función de armonía de un movimiento (nacional o internacional). Esa función es verdaderamente importante; pero no encierra toda nuestra vida, bien que implique una justa aspiración y un vivo anhelo. Hablamos desde el punto de vista revolucionario y nos referimos a nuestros congresos solamente.

Las ideas nuevas exigen una nueva expresión. La Libertad, la Igualdad y la Fraternidad ya no son lo que fueron en los tiempos ardientes de la guillotina... Los hombres no quieren sino revoluciones especiales y localizadas, revoluciones exteriores y políticas. ¡Todo puro charlatanismo! Lo que es necesario realizar, lo que a cualquier precio importa, es la revolución del espíritu humano.

Ahora bien, la función armonizadora tiene por condición la posibilidad de una armonía, o mejor dicho la armonía preexiste ya. Si en un congreso chocan opiniones o actitudes diametralmente opuestas, el congreso pierde su razón de ser o su eficacia, pues lo que es diametralmente opuesto no puede ser colocado en el mismo plano de unidad.

Por consiguiente, si nosotros hablamos de los congresos como medios necesarios de propaganda, no nos referimos más que a los que tienen por base la unidad ideológica o la nivelación de las diferencias o bien secundario para acciones comunes o para el ejercicio de la solidaridad en la lucha por el ideal común. Partiendo de ese concepto, el congreso es útil, es necesario y debe fomentarse en todos los terrenos.

La vida revolucionaria de muchos países de Europa nos llama la atención por la abundancia de conferencias, congresos, etc. Cualquier rama de actividad da motivo para reuniones protocolares. Se reúnen una vez las comisiones administrativas de las Federaciones locales de todo el país, otra los representantes de una industria o de un oficio determinado, otra los delegados de un distrito, de una provincia, de una región; en todas las esferas de la actividad, en fin, donde pueden surgir intereses comunes, la conferencia o el congreso es una especie de deber periódicamente cumplido. Se celebran conferencias de delegados de taller, de oradores, de comisiones de propaganda, de comisiones de cultura, etc., etc.

Y esto no es siempre superficial, por una parte el individuo que se especializa en una rama de la actividad combativa o de la propaganda, siente el apoyo de todos los que se esfuerzan en el mismo sentido; además, se unifica la acción y por tanto se hace más profícua. Y no hay que olvidar que ese contacto periódico robustece la voluntad y anima el ardor de los militantes, suele establecer entre ellos lazos de amistad y de afinidad provechosos para la acción común.

El cambio de ideas y de experiencias enriquece el haber revolucionario y una reunión lleva siempre a un conocimiento más íntimo de hombres, de instituciones, y de ideas.

En los países en que estas prácticas son usuales, los resultados están muy lejos de aconsejar su paralización; todo lo contrario, han echado hondas raíces en la vida revolucionaria y no se sabría prescindir de ellas. La prensa no es suficiente como medio de información y de relación; es preciso que se produzca de tanto en tanto un encuentro de los camaradas activos, que se crucen los informes, las ideas y las experiencias, que se concierten para la propaganda y la acción futura, que rindan cuentas de los resultados de sus labores, de las perspectivas, de los progresos.

El congreso excita la movilidad espiritual y física, mantiene el sentido de la conexión de todas las fuerzas afines. Por consiguiente, es un medio de propaganda que no debemos echar en olvido ni desconocer en lo que vale.

La Revolución rompe los obstáculos

Que los reaccionarios aparten la revolución con toda la debilidad de sus brazos; que los futuros dictadores revolucionarios desnaturalicen su espíritu; que la revolución se vea abandonada, deserta, traicionada, abofeteada, no importa; se librará, de todo, como el vapor comprimido, como el torrente contenido.

¿Porqué somos revolucionarios?

Somos revolucionarios porque queremos la justicia y porque en todas partes vemos reinar la injusticia a nuestro alrededor. Es en el sentido inverso del trabajo como son distribuidos los productos del trabajo. El ocioso tiene todos los derechos, aun el de hacer pasar hambre a sus semejantes, mientras que el trabajador no tiene siempre derecho a morir de hambre en silencio: se le encierra cuando es culpable de huelga.

Romperá los diques, destrozará los decretos, se reirá de los discursos, burlaráse de los presidentes y de los legisladores, quebrantará las espadas, desenmascarará los espías, apeará los gendarmes de sus monturas, fundirá el plomo y mella rá el hierro.

¡A fé que sois bien extraños, vosotros los reaccionarios gubernamentales! Queréis que la REVOLUCION no pase y en todas partes le preparáis el camino. Ella corrè desde el mar del Norte al Mediterráneo, del Atlántico al mar Negro, a lo largo de vuestros caminos de hierro, sobre los puentes de vuestro grandes transatlánticos, por los hilos de vuestras líneas telegráficas eléctricas; ella comunicase de uno a otro continente por la navegación marítima; está en vuestras bibliotecas y en vuestros teatros, en el cerebro de la juventud, en las besadillas de vuestras noches de insomnio. Vosotros mismos estáis impregnados de ella, puesto que sois los descendientes de la burguesía, la demagoga, desgreñada del 10 de Agosto.

—O pactáis con la revolución, o apresuraos a romper los rieles de vuestros ferrocarriles y los hilos telegráficos, a incendiar los vapores y las bibliotecas y a prohibir la imprenta en toda la tierra. Falta únicamente saber si los países amigos de la libertad os dejarán hacer tranquilamente; pero... ¿cómo sois tan fuertes!...

Vosotros mentís al pueblo, charlatanes demagogos que le prometéis *cegar el abismo de las revoluciones*. El abismo está abierto desde los comienzos del mundo y devorará durante siglos y siglos, discursos, decretos, manifiestos, proclamas, constituciones e instituciones con las cuales ¡oh! Danaides ¡impotentes! tenarjais en vano llenarlo.

Detener la REVOLUCION! Pero, ¿ya lo habéis pensado bien? Impedid, pues, al cuerpo humano que se desarrolle; la tir al corazón, al cerebro pensar, conjura al rayo, contened la tierra cuando tiembla, inmovilizad las olas del mar.

El hombre que respeta su conciencia y la inteligencia del pueblo, os responderá, al contrario: *el abismo de las revoluciones debe permanecer siempre abierto, en él hay la salud.*

Es necesario que la REVOLUCION pase y, a decir verdad, pasará en su día, en su hora, en el minuto necesario para salvarnos. Pasará por encima de los privilegios, de los senatus-consultes, de los ukases imperiales, de las reacciones, de las restauraciones, de las prerrogativas, de las compresiones, de la familia prostituida y del buen Dios católico. Se podrá contemplarla desde muy lejos, y oíría mucho tiempo, pues pondrá en movimiento al cielo y a la tierra.

Y el día que venga, hombres de todos los países que la servís, amontonad las ramas de los cipreses y espinos, que tanto abundan en el desgraciado camino de nuestra vida, y quemad, incendiad los pilares del viejo edificio antes de que se nos derrumbé encima!

Unos martillos, unas barras de acero, unas antorchas de resina y hagamos tabla rasa.

¡Alineemos en barricadas las piedras de las prisiones, las almenas de los fuertes y las puertas de los claustros! Fundid cañones de fusil con los hierros que martirizan nuestras carnes, y si el plomo nos faltare reemplacémoslo con fragmentos de coronas...

E. COEURDEROY.

(De la Revolution dans l'homme et dans la société, pág. 64, año 1852).

Sostengo que, en el orden intelectual, un combatiente en la vanguardia no puede agrupar en su torno a una mayoría. Dentro de diez años la mayoría habrá tomado, quizá, la posición que mantiene el doctor Stokman durante la reunión pública. El no habrá permanecido inmóvil durante ese tiempo. Habrá ganado un adelanto al menos de diez años sobre la mayoría... Por mi parte, en todo caso tengo el presentimiento de esta marcha hacia adelante.

IBSEN

Hay dos clases de individuos: Los que piensan en algo y los que no piensan en nada.

G. de Lucaze-Duthiers



Gentes que se llaman sacerdotes tratan de hacer creer en el milagro para que les estén sometidas las inteligencias; gentes llamadas reyes se dicen surgidas de un amo universal para ser amos a su vez; gentes armadas por ellos cortan, saquean, fusilan a su capricho; personas de toga negra que se dicen la justicia por excelencia condenan al pobre, abuelven al rico, a menudo venden las condenas y las liberaciones; los comerciantes distribuyen veneno en lugar de alimento, matan en detalle en lugar de matar en gran escala y se convierten, por eso, en capitalistas honestos. La bolsa, he

de obrar ellos mismos lo esperan todo del tiempo. La lenta evolución de las cosas les basta; la revolución les causa miedo. Entre ellos y nosotros la historia ha pronunciado su fallo. Ningun progreso, sea parcial, sea general, se ha realizado jamás por simple evolución pacífica y se ha hecho siempre por revolución repentina. Si el trabajo de preparación se opera con lentitud en los espíritus, la realización de las ideas tiene su lugar bruscamente; la evolución se hace en el cerebro y son los brazos los que hacen la revolución. Y cómo proceder a esa revolución que

ahí el amo, y el que la posee, tiene en su poder el destino de los demás hombres. Todo eso nos parece infame y queremos cambiarlo. Contra la injusticia apelamos a la revolución. Pero la "justicia no es más que una palabra; una convención pura", se nos dirá. "¡Lo que existe es el derecho de la fuerza!" Y bien, si es así, no somos por eso menos revolucionarios. De dos cosas una: o bien la justicia es el ideal humano y en ese caso la reivindicaremos para todos, o bien solo la fuerza gobierna las sociedades, y en ese caso usaremos la fuerza contra nuestros enemigos. O la libertad de los iguales o la ley del talión. ¿Pero, porqué apresurarse? — nos dicen todos aquellos que para dispensarse

vemos prepararse en la sociedad y a cuyo advenimiento ayudamos con nuestros esfuerzos? ¿Es agrupándonos por cuerpos subordinados unos a otros? ¿Es constituyéndonos como el mundo burgués a quien combatimos en un conjunto jerárquico, con sus amos responsables y sus inferiores irresponsables, instrumentos en las manos de un jefe? ¿Comenzaremos por abdicar para hacernos libres? No, porque somos anarquistas, es decir hombres que quieren conservar la plena responsabilidad de sus actos, que obran en virtud de sus derechos y de sus deberes personales, que acuerdan a los seres su desenvolvimiento natural, que no tienen a nadie por amo y que no quieren ser amos de nadie.

Queremos apartarnos del cerco del Estado, no tener por encima de nosotros superiores que puedan mandarnos y poner su voluntad en lugar de la nuestra. Queremos desgarrar toda ley exterior ateniéndonos al desenvolvimiento consciente de las leyes interiores de toda nuestra naturaleza. Al suprimir el Estado suprimimos también toda moral oficial, sabiendo que no puede haber moralidad en la obediencia a leyes incomprendidas, en una práctica de la que no trata uno de darse cuenta. No hay moral más que en la libertad. Es solo por la libertad como es posible la renovación.

Queremos conservar nuestro espíritu abierto, que se preste de antemano a todo progreso, a toda idea nueva, a toda generosa iniciativa. Pero, si somos anarquistas, los enemigos de todo amo, somos también comunistas internacionales, porque comprendemos que la vida es imposible sin agrupación social. Aislados no podemos nada, mientras que por la unión íntima podemos transformar el mundo. Nos asociamos los unos a los otros como hombres libres e iguales, que trabajan en una obra común y regulamos nuestras relaciones mutuas por la justicia y la benevolencia recíproca.

Los odios religiosos y nacionales no pueden separarnos, puesto que el estudio de la naturaleza es nuestra única religión y tenemos el mundo por patria. Ecuanto a la gran causa de... ferocidades y de las bajezas, cesará de existir entre nosotros. La tierra se convertirá en propiedad colectiva; las barreras serán levantadas y en lo sucesivo el suelo, perteneciente a todos, podrá ser cultivado para satisfacción y bienestar de todos. Los productos demandados serán precisamente aquellos que la tierra puede proporcionar mejor, y la producción responderá exactamente a las necesidades, sin que se pierda nada nunca como en el trabajo desordenado que se hace hoy. Igualmente la distribución de todas esas riquezas entre los hombres, será quitada al explotador privado y se hará por el funcionamiento normal de la sociedad entera.

No tenemos que trazar de antemano el cuadro de la sociedad futura. Es a la acción espontánea de todos los hombres libres a quien pertenece crearla y darle su forma por lo demás incesantemente móvil como todos los fenómenos de la vida. Pero lo que sabemos es que toda injusticia, todo crimen de lesa majestad humana, nos encontrarán siempre en plé para combatirlos. En tanto que persista la iniquidad, nosotros, anarquistas comunistas internacionales, permaneceremos en estado de revolución.

ELISEO RECLUS

Kurt G. Wilckens

Número extraordinario

En conmemoración de la fecha memorable del 16 de junio aparecerá un número extraordinario de EL SUPLEMENTO, con el siguiente sumario: De las matanzas de la Patagonia a la muerte del teniente coronel Varela. Kurt Wilckens, por D. A. de San Julián. El asesinato de Wilckens y la protesta del proletariado regional. Ecos internacionales de solidaridad. Cartas inéditas de Wilckens. Artículos de Max Nettlau y otros camaradas. Grabados alusivos. A los agentes y paqueteros les advertimos que deben desde ya hacernos los pedidos a fin de poder regularizar el tiraje.